

Benito Pérez Galdós

La batalla de los Arapiles

Episodios Nacionales, 10

Primera serie



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Primera edición: 1976
Tercera edición: 2016
Primera reedición: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Francisco de Goya: Fajín y espada (detalle del *Retrato de Ferdinand Guillemardet, embajador de Francia*). Museo del Louvre, París
© Album
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1976, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-415-4
Depósito legal: M. 11.495-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Uno
22	Dos
24	Tres
29	Cuatro
37	Cinco
43	Seis
51	Siete
57	Ocho
63	Nueve
72	Diez
76	Once
83	Doce
86	Trece
94	Catorce
99	Quince
107	Dieciséis
114	Diecisiete
125	Dieciocho
132	Diecinueve
139	Veinte
142	Veintiuno
151	Veintidós
158	Veintitrés
169	Veinticuatro

188	Veinticinco
195	Veintiséis
201	Veintisiete
209	Veintiocho
216	Veintinueve
229	Treinta
235	Treinta y uno
241	Treinta y dos
247	Treinta y tres
253	Treinta y cuatro
257	Treinta y cinco
267	Treinta y seis
274	Treinta y siete
284	Treinta y ocho
289	Treinta y nueve
300	Cuarenta
306	Cuarenta y uno
315	Cuarenta y dos
327	Cuarenta y tres

Uno

Las siguientes cartas, supliendo ventajosamente mi narración, me permitirán descansar un poco:

«Madrid, 14 de marzo.

»Querido Gabriel: Si no has sido más afortunado que yo, lucidos estamos. De mis averiguaciones no resulta hasta ahora otra cosa que la triste certidumbre de que el comisario de Policía no está ya en esta Corte, ni presta servicio a los franceses, ni a nadie, como no sea al Demonio. Después de su excursión a Guadalajara, pidió licencia, abandonó luego su destino, y al presente nadie sabe de él. Quién le supone en Salamanca, su tierra natal; quién, en Burgos, o en Vitoria, y algunos aseguran que ha pasado a Francia, antiguo teatro de sus criminales aventuras. ¡Ay

hijo mío, para qué habrá hecho Dios el mundo tan grande, tan sumamente grande, que en él no es posible encontrar el bien que se pierde! Esta inmensidad de la creación sólo favorece a los pillos, que siempre encuentran dónde ocultar el fruto de sus rapiñas.

»Mi situación aquí ha mejorado un poco. He capitulado, amigo mío; he escrito a mi tía contándole lo ocurrido en Cifuentes, y el jefe de mi ilustre familia me demuestra en su última carta que tiene lástima de mí. El administrador ha recibido orden de no dejarme morir de hambre. Gracias a esto y al buen surtido de mi antiguo guardarropa, no pediré limosna la pobre Condesa. He tratado de vender las alhajas, los encajes, los tapices y otras prendas no vinculadas; pero nadie las quiere comprar. En Madrid no hay una peseta, y cuando el pan está a 14 y 16 reales, figúrate quién tendrá humor para comprar joyas. Si esto sigue, llegará un día en que tenga que cambiar todos mis diamantes por una gallina.

»Para que comprendas cuán glorioso porvenir aguarda a mi histórica casa, uno de los astros más brillantes del cielo de esta gran Monarquía, me bastará decirte que el pleito entre nuestra familia y la de Rumblar se ha entablado ya, y la Cancillería de Granada ha dado a luz con este motivo una montaña de papel sellado, que si Dios no lo remedia, crecerá hasta lo sumo, y nuestros nietos veránla con cimas más altas que las de la misma Sierra Nevada. La de Rumblar se engolfa con delicia en este mar de jurisprudencia. Me parece que la veo. Convertiría el linaje humano en jueces, escribas, alguaciles y roepandectas, para que todo cuanto respira pudiese entender en su cuita.

»El licenciado Lobo, que frecuentemente me visita con el doble objeto de ilustrarme en mi asunto y de pedirme una

limosna (hoy en Madrid la piden los altos servidores del Estado), me ha dicho que en el tal pleito hay materia para un ratito, es decir, que no pasará un par de siglos mal contados sin que la Sala dé su sentencia o un auto para mejor proveer, que es el colmo de las delicias. Me asegura también el susodicho Lobo que si nos obstinamos en transmitir a Inés los derechos mayorazguiles, es fácil que perdamos el litigio dentro de algunos meses, pues para perder no es preciso esperar siglos. Las informalidades que hubo en el reconocimiento, y la indiscreción de mi pobre tío, que ya bajó al sepulcro, ponen a nuestra heredera en muy mala situación para reclamar su mayorazgo. Nuestro papel se reduce hoy, según Lobo, a reclamar la no transmisión del mayorazgo a la casa de Rumblar, fundándonos en varias razones de *posesión civilísima, agnación rigurosa, masculinidad nuda, emineidad, saltuario*, con otras lindas palabras, que voy aprendiendo para recreo de mi triste soledad y entretenimiento de mis últimos días.

»Mi tía dice que yo tengo la culpa de este desastre y cataclismo en que va a hundirse la más gloriosa casa que ha desafiado siglos y afrontado el desgaste del tiempo, sin criar hasta ahora ni una sola carcoma, y funda su anatema en mi oposición al proyectado himeneo de nuestro derecho con el derecho de los Rumblar. Verdaderamente, no carece de razón mi tía, y sin duda se me preparan en el Purgatorio acerbos tormentos por haber ocasionado con mi tenacidad este conflicto.

»Esta carta te la envió a Sepúlveda. Creo que serán infructuosas tus pesquisas en todo el camino de Francia hasta Aranda. Procura ir a Zamora. Yo sigo aquí mis averiguaciones con ardor infatigable; y demostrando gran celo por la causa francesa, he adquirido relaciones con emplea-

dos de alta y baja estofa, principalmente de Policía pública y secreta.

»Si te unes a la división de Carlos España, avísamelo. Creo que conviene a tu carrera militar el abandonar a esos feroces guerrilleros; mas, por Dios, no pases al ejército de Extremadura. Creo que de ese lado no vendrá la luz que deseamos; sigue en Castilla mientras puedas, hijo mío, y no abandones mi santa empresa. Escríbeme con frecuencia. Tus cartas y el placer que me causa el contestarlas, son mi único consuelo. Me moriría si no llorara y si no te escribiera.»

«22 de marzo.

»No puedes figurarte la miseria espantosa que reina en Madrid. Me han dicho que hoy está la fanega de trigo a 540 reales, los ricos pueden vivir, aunque mal; pero los pobres se mueren por esas calles a centenares, sin que sea posible aliviar su hambre. Todos los arbitrios de la caridad son inútiles, y el dinero busca alimentos sin encontrarlos. Las gentes desvalidas se disputan con ferocidad un troncho de col y las sobras de aquellos pocos que tienen todavía en su casa mesa con manteles. Es imposible salir a la calle, porque los espectáculos que se ofrecen a cada momento a la vista causan horror y desconfianza de la Providencia infinita. Vense a cada paso los mendigos hambrientos, arrojados en el arroyo, y en tal estado de demacración, que parecen cadáveres en que quedó olvidado un resto de inútil y miserable vida. El lodo y la inmundicia de las calles y plazuelas les sirven de lecho, y no tienen voz sino para pedir un pan que nadie puede darles.

»Si la Policía se lo permitiera, maldecirían a los franceses, que tienen en sus almacenes copioso repuesto de galleta,

mientras la nación se muere de hambre. Dicen que de agosto acá se han enterrado 20.000 cuerpos, y lo creo. Aquí se respira muerte; el silencio de los sepulcros reina en Platerías, San Felipe y la Puerta del Sol. Como han derribado tantos edificios, entre ellos Santiago, San Juan, San Miguel, San Martín, los Mostenses, Santa Ana, Santa Catalina, Santa Clara y bastantes casas de las inmediatas a Palacio, las muchas ruinas dan a Madrid el aspecto de una ciudad bombardeada. ¡Qué desolación, qué tristeza!

»Los franceses se pasean alegres, satisfechos y rollizos por este cementerio, y su Policía mortifica de un modo cruel a los vecinos pacíficos. No se permiten grupos en las calles, ni pararse a hablar, ni mirar las tiendas. A los tenderos se les aplica una multa de 200 ducados si permiten que los curiosos se detengan en las puertas o vidrieras, de modo que a cada rato los pobres horteras tienen que salir a apalear a sus parroquianos con la vara de medir.

»Ayer dispuso el Rey que hubiese corrida de toros para divertir al pueblo: ¡qué sarcasmo! Me han dicho que la plaza estaba desierta. Figúrome ver en el redondel a media docena de esqueletos vestidos con el traje bordado de plata y oro, y con más ganas de comerse al toro que de trastearlo. Asistió José, que de este modo piensa ganar la voluntad del pueblo de Madrid.

»Dícese que se trata de reunir Cortes en Madrid, no sé si también para divertir al pueblo. Azanza, ministro de Su Majestad Bonaparciana, me dijo que así levantarían *un altar frente a otro altar*. Creo que el retablo de aquí no tendrá tantos devotos como el que dejamos en Cádiz.

»Ahora dicen que Napoleón va a emprender una guerra contra el Emperador de todas las Rusias. Esto será favorable a España, porque sacarán tropas de la Península, o al menos no podrán reparar las bajas que continuamente su-

fren. Veo la causa francesa bastante malparada, y he observado que los más discretos de entre ellos no se hacen ya ilusiones respecto al resultado final de esta guerra.

»De nuestro asunto, ¿qué puedo decir que no sea triste y desconsolador? Nada, hijo mío, absolutamente nada. Mis indagaciones no dan resultado alguno; no he podido adquirir ni la más pequeña luz, ni el más ligero indicio. Sin embargo, confío en Dios y espero. Dirijo esta carta a Santa María de Nieva, que es lo más seguro.»

«1.º de abril.

»Poco o nada tengo que añadir a mi carta de 22 de marzo. Continúo en la oscuridad, pero con fe. ¡Cuánta se necesita para permanecer en Madrid! Esto es un purgatorio por la miseria, la soledad, la tristeza, y un infierno por la corrupción, las violencias e inmoralidades de todo género que han introducido aquí los franceses. Yo no creo, como la mayoría de las gentes, que nuestras costumbres fueran perfectas antes de la invasión; pero entre aquel recatado y compungido modo de vivir y esta desvergonzada licencia de hoy, es preferible a todas luces lo primero. La Policía francesa es un instituto de cuya perversidad no se puede tener idea sino viviendo aquí y viendo la execrable acción de esta máquina puesta en las más viles manos.

»Multitud de comisarios y agentes, escogidos entre la hez de la sociedad, se encargan de atrapar a los individuos que se les antoja y almacenarlos en la Cárcel de Villa, sin forma de juicio, ni más guía que la arbitrariedad y la delación. El motivo aparente de estas tropelías es la *complicidad con los insurgentes*; pero los malvados de uno y otro bando se dan buena maña para utilizar la nueva Inquisición, que hará ol-

vidar con sus gracias las lindezas de la pasada. Todo aquel que quiere deshacerse de una persona que le estorba, encuentra fácil medio para ello, y aun ha habido quien, no contentándose con ver emparedado a su enemigo, le ha hecho subir al cadalso. Se cuentan cosas horribles que me resisto a darles crédito, entre ellas la maldad de una señora de esta Corte, que, mal avenida con su esposo, le delató como insurgente y despacharon la causa en cosa de tres días, lo necesario para ir de la callejuela del Verdugo a la Plaza de la Cebada. También se habla de un tal Vázquez, que delató a su hermano mayor, y de un tal Escalera, que subió la del patíbulo por intrigas de su manceba.

»Hay una *Junta criminal* que inspira más horror que los jueces del Infierno. Los hombres bajos que la forman condenan a muerte a los que leen los papeles de los insurgentes, a los *empecinados*, que aquí llaman *madripáparos*, y a todo ser sospechoso de relaciones con los *espías*, *ladrones*, *asesinos*, *bandoleros*, *cuatrerros* y... *tabúres*, a quienes llamáis vosotros guerrilleros o soldados de la Patria.

»Una de las cosas más criticadas a los franceses, además de su infame Policía, es la introducción de los bailes de máscaras. En esto hay exageración, porque antes que tales escandalosas reuniones fuesen instituidas en nuestro morigerado país, había intrigas y gran burla de vigilancia de padres y maridos. Yo creo que las caretas no han traído acá todos los pecados grandes y chicos que se les atribuyen. Pero la gente honesta y timorata brama contra tal novedad, y no se oye otra cosa sino que con los tapujos de las caras ya no hay tálamo nupcial seguro, ni casa honrada, ni padre que pueda responder del honor de sus hijas, ni doncella que conserve su espíritu libre y limpio de deshonestos pensamientos. Creo que no es justa esta enemiga contra las caretas, más cómodas aun-

que no más disimuladoras que los antiguos mantos, y tengo para mí que muchas personas hablan mal de las reuniones de máscaras porque no las encuentran divertidas ni tan oscuritas como las verbenas de San Juan y San Pedro.

»Pero la novedad que más indignada y fuera de sus casillas trae a esta buena gente es un juego de azar llamado la *roleta*, donde parece baila el dinero que es un gusto. Los franceses son Barrabás para inventar cosas malas y pecaminosas. No respetan nada, ni aun las veneradas prácticas de la antigüedad, ni aun aquello que forma parte, desde remotísimas edades, de la ejemplar existencia nacional. Lo justo habría sido dejar que los padres y los hijos de familia se arruinaran con la baraja, siguiendo en esto sus patriarcales y jamás alteradas costumbres, y no introducir *roletas* ni otros aparatos infernales. Pero los franceses dicen que la *roleta* es un adelanto con respecto a los naipes, así como la guillotina es mejor que la horca, y la Policía mucho mejor que la Inquisición.

»Lo peor de esto es que, según dicen, la tal endemoniada *roleta* no sólo es consentida por el Gobierno francés, sino de su propiedad, y para él son las pingües ganancias que deja. De este modo, los franceses piensan embolsarse el poco dinero que han dejado en nuestras arcas.

»No concluiré sin ponerte al corriente de un proyecto que tengo, y que, realizado, me parece ha de ser más eficaz para nuestro objeto que todas las averiguaciones y búsquedas hechas hasta ahora. El plan, hijo mío, consiste en interesar al mismo José en favor mío. Pienso ir a Palacio, donde seré recibida por el señor *Botellas*, el cual no desea otra cosa, y ve el cielo abierto cuando le anuncian que un grande de España quiere visitarle. Hasta ahora he resistido todas las sugerencias de varios personajes amigos míos que se han empeñado en presentarme al Rey; pero, pensándolo mejor,

estoy decidida a ir a la Corte. En diciembre del 8 traté a los dos Bonaparte, y las bondades que encontré en José me hacen esperar que no será inútil este paso que doy, aun a riesgo de comprometerme con una causa que considero perdida. Adiós; te informaré de todo.»

«22 de abril.

»He estado en Palacio, hijo mío, y me he prosternado ante esa católica majestad de oropel, a quien sirven unos pocos españoles moviéndose bulliciosamente para parecer muchos. Si yo dijera a cualquier habitante de Madrid que José I, conocido aquí por *el Tuerto* o por *Pepe Botellas*, es una persona amable, discreta, tolerante, de buenas costumbres, y que no desea más que el bien, me tendrían por loca, o quizás por vendida a los franceses.

»Recíbome *Copas* con gozo. El buen señor no puede ocultarlo cuando alguna persona de categoría da, al visitarle, una especie de tácito asentimiento a su usurpación. Sin duda, cree posible ser dueño de España conquistando uno a uno los corazones. Habrías de ver su diligencia y extrema dulzura en los cumplidos. Cierto que su etiqueta es menos severa y finchada que la de nuestros Reyes, sin perder por eso la dignidad, antes bien aumentándola. Habla hasta con familiaridad, se ríe, también se permite algunas gentilezas galantes con las damas, y a veces bromea con cierta causticidad muy fina, propia de los italianos. El acento extranjero es el único que afea su palabra. Confunde a menudo su lengua natal con la nuestra, y hay ocasiones en que son necesarios grandes esfuerzos para no reír.

»Su figura no puede ser mejor. José vale mucho más que el barrilete de su hermano. Poco falta a su rostro grave y expre-

sivo para ser perfecto. Viste comúnmente de negro, y el conjunto de su persona es muy agradable. No necesito decirte que cuanto hablan las gentes por ahí sobre sus *turcas* es un arma inventada por el patriotismo para ayudar a la defensa nacional. José no es borracho. También se cuentan de él mil abominaciones referentes a vicios distintos del de la embriaguez; pero sin negarlos rotundamente, me resisto a darles crédito. En resumen, *Botellas* (nos hemos acostumbrado de tal manera a darle este nombre, que cuesta trabajo llamarle de otra manera) es un Rey bastante bueno, y al verle y tratarle no se puede menos de deplorar que lo hayan traído, en vez del nacimiento y el derecho, la usurpación y la guerra.

»Sus partidarios aquí son pocos; tan pocos que se pueden contar. Esta dinastía no tiene más súbditos leales que los ministros y dos o tres personas colocadas por ellos en algunos puestos. Estos españoles que le sirven parecen víctimas humilladas, y no tienen aquel aire triunfador y vanaglorioso que suelen tomar aquí los que por méritos propios o ajeno favor se elevan dos dedos sobre los demás. Viven o avergonzados o medrosos, sin duda porque prevén que el Lord ha de dar al traste con todo esto. Algunos, sin embargo, se hacen ilusiones y dicen que tendremos *Botellas*, *Azumbres* y *Copas* por los siglos de los siglos.

»No pertenece a éstos Moratín, al cual encuentro más triste y más pusilánime que nunca. Ya no es secretario de la Interpretación de lenguas, sino bibliotecario mayor, cargo que debe desempeñar a maravilla. Pero él no está contento; tiene miedo a todo, y más que a nada a los peligros de una segunda evacuación de la Corte por los franceses. Me ha dicho que el día en que cayese el poder intruso no daría dos cuartos por su pellejo; pero creo que su hipocondría y pésimo humor, entenebreciendo su alma, le hacen ver enemigos

en todas partes. Está enfermo y arruinado; mas trabaja algo, y ahora nos ha dado *La escuela de los maridos*, traducción del francés. Ni la he visto representar ni he podido leerla, porque mi espíritu no puede fijarse en nada de esto.

»Moratín viene a verme a menudo con su amigo Estala, el cual es afrancesado rabioso y ardiente, como aquél lo es tímido y melancólico. Aquí no pueden ver a Estala, que publica artículos furibundos en *El Imparcial*, y hace poco escribió, aludiendo a España, que *los que nacen en un país de esclavitud no tienen patria sino en el sentido en que la tienen los rebaños destinados para nuestro consumo*. Por esto y otros atroces partos de su ingenio que publica la *Gaceta*, es aborrecido aún más que los franceses.

»Máiquez sigue en el Príncipe; y como José ha señalado a su teatro 20.000 reales mensuales para ayuda de costa le tachan también de afrancesado. Ahora, según veo en el diario, dan alternativamente el *Orestes*, *La mayor piedad de Leopoldo el Grande* y una mala comedia arreglada del alemán, y cuyo título es *Ocultar, de honor movido, al agresor el herido*.

»El teatro está, según me dicen, vacío. La pobre Pepilla González, de quien no te habrás olvidado, se muere de miseria, porque no pudiendo representar, a causa de una enfermedad que ha contraído, está sin sueldo, abandonada de sus compañeros. Lo estaría de todo el mundo si yo no cuidase de enviarle todos los días lo muy preciso para que no expire. Pepilla, el venerable padre Salmón y mi confesor Castillo son las únicas personas a quienes puedo favorecer, porque el estado de mi hacienda y la carestía de las subsistencias no me permiten más. Te asombrará saber que los opulentos Padres de la Merced necesitan de limosnas para vivir; pero a tal situación ha llegado la indigencia pública en la Corte de España, que los más gordos se han puesto como alambres.

»De intento, he dejado para el fin de mi carta nuestro querido asunto, porque quiero sorprenderte. ¿No has adivinado en el tono de mi epístola que estoy menos triste que de ordinario? Pero nada te diré hasta que no tenga seguridad de no engañarte. Refrena tu impaciencia, hijo mío... Gracias a José, se me han suministrado algunos datos preciosos, y muy pronto, según acaba de decirme Azanza, este resplandor de la verdad será luz clara y completa. Adiós.»

«21 de mayo.

»¡Albricias, querido amigo, hijo y servidor mío! Ya está descubierto el paradero de nuestro verdugo. ¡Benditos sean mil veces José y esa desconocida reina Julia, cuyo nombre invoqué para inclinarle en mi favor! Santorcaz no ha pasado todavía a Francia. Desde aquí, querido mío, considerándote en camino hacia Occidente, puedo decirte, como a los niños cuando juegan a la gallina ciega: “Que te quemas”. Sí, chiquillo: alarga la mano y cogerás al traidor. ¡Cuántas veces buscáis el sombrero y lo lleváis puesto! Aquello que consideramos más perdido está comúnmente más cerca. La idea de que esta carta no te encuentre ya en Piedrahíta, me espanta. Pero Dios no puede sernos tan desfavorable, y tú recibirás este papel; inmediatamente marcharás hacia Plasencia, y valido de tu astucia, de tu valor, de tu ingenio o de todas estas cualidades juntas, penetrarás en la vivienda del pícaro para arrancarle la joya robada que lleva siempre consigo.

»¡Cuánto trabajo ha costado averiguarlo! Ha tiempo que Santorcaz dejó el servicio. Su carácter, su orgullo, su extravagancia, le hacían insoportable a los mismos que le colocaron. Por algún tiempo fue tolerado en gracia de los buenos

servicios que prestaba; mas se descubrió que pertenecía a la sociedad de los *filadelfos*, nacida en el ejército de Soult, y cuyo objeto era destronar al Emperador, proclamando la República. Quitáronle el destino poco después de habernos robado a Inés, y desde entonces ha vagado por la Península fundando logias. Estuvo en Valladolid, en Burgos, en Salamanca, en Oviedo; mas luego se perdió su rastro, y por algún tiempo se creyó que había entrado en Francia. Finalmente, la Policía francesa (la peor cosa del mundo produce algo bueno) ha descubierto que está ahora en Plasencia, bastante enfermo y un tanto imposibilitado de trastornar a los pueblos con sus logias y cónclaves revolucionarios. ¡Qué indignidad! ¡Los perdidos, los tunantes, los mentirosos y falsarios, quieren reformar el mundo!... Estoy colérica, amigo mío; estoy furiosa.

»El que ha completado mis noticias sobre Santorcaz es un afrancesado, no menos loco y trapisondista que él: José Marchena. ¿Le conoces? Uno que pasa aquí por clérigo relajado, una especie de abate que habla más francés que español, y más latín que francés, poeta, orador, hombre de facundia y de chiste, que se dice amigo de madama Staël, y parece lo fue realmente de Marat, Robespierre, Legendre, Tallien y demás gentuza. Santorcaz y él vivieron juntos en París. Son hoy amigos; se escriben a menudo. Pero este Marchena es hombre de poca reserva, y contesta a todo lo que le preguntan. Por él sé que nuestro enemigo no goza de buena salud, que no vive sino en las poblaciones ocupadas por los franceses, y que cuando pasa de un punto a otro, se disfraza hábilmente para no ser conocido. ¡Y nosotros le creíamos en Francia! ¡Y yo te decía que no fueras al ejército de Extremadura! Ve, corre, no tardes un solo día. El ejército del Lord debe andar por allí. Te escribiré al Cuartel ge-

neral de don Carlos España. Contéstame pronto. ¿Irás donde te mando? ¿Encontrarás lo que buscamos? ¿Podrás devolvérmelo? Estoy sin alma.»

Dos

Cuando recibí esta carta, marchaba a unirme al ejército llamado de Extremadura, pero que no estaba en Extremadura, sino en Fuente Aguinaldo, territorio de Salamanca.

En abril había yo dejado definitivamente la compañía de los guerrilleros para volver al ejército. Tocome servir a las órdenes de un mariscal de campo llamado Carlos Espagne, el que después fue conde de España, de fúnebre memoria en Cataluña. Hasta entonces aquel joven francés alistado en nuestros ejércitos desde 1792, no tenía celebridad, a pesar de haberse distinguido en las acciones de Barca del Puerto, de Tamames, del Fresno y de Medina del Campo. Era un excelente militar, muy bravo y fuerte, pero de carácter variable y díscolo. Digno de admiración en los combates, movían a risa o a cólera sus rarezas cuando no había enemigos delante. Tenía una figura poco simpática, y su fisonomía, compuesta casi exclusivamente de una nariz de cotorra y de unos ojazos pardos bajo cejas angulosas, revueltas, movibles, y en las cuales cada pelo tenía la dirección que le parecía, revelaba un espíritu desconfiado y pasiones ardientes, ante las cuales el amigo y subalterno debían ponerse en guardia.

Muchas de sus acciones revelaban lamentable vaciedad en los aposentos cerebrales, y si no peleamos algunas veces contra molinos de viento, fue porque Dios nos tuvo de su mano; pero era frecuente tocar llamada en el silencio y so-

ledad de la alta noche, salir precipitadamente de los alojamientos, buscar al enemigo que tan a deshora nos hacía romper el dulce sueño, y no encontrar más que al lunático España vociferando en medio del campo contra sus invisibles compatriotas.

Mandaba este hombre una división perteneciente al ejército de que era comandante general don Carlos O'Donnell. Habíasele unido por aquel tiempo la partida de don Julián Sánchez, guerrillero muy afortunado en Castilla la Vieja, y se disponía a formar en las filas de Wellington, establecido en Fuente Aguinaldo, después de haber ganado a Badajoz a fines de marzo. Los franceses de Castilla la Vieja, mandados por Marmont, andaban muy desconcertados. Soult operaba en Andalucía, sin atreverse a atacar al Lord, y éste decidió avanzar resueltamente hacia Castilla. En resumen, la guerra no tomaba mal aspecto para nosotros; por el contrario, aparecía en evidente declinación la estrella imperial, después de los golpes sufridos en Ciudad Rodrigo, Arroyomolinos y Badajoz.

Yo había recibido el empleo de comandante en febrero de aquel mismo año. Por mi ventura mandé durante algún tiempo (pues también fui jefe de guerrillas) una partida que recorrió el país de Aranda, y luego las sierras de Covarrubias y la Demanda. A principios de marzo tenía la seguridad de que Santorcaz no estaba en aquel país. Alargué atrevidamente mis excursiones hasta Burgos, ocupada por los franceses; entré disfrazado en la plaza, y pude saber que el antiguo comisario de Policía había residido allí meses antes. Bajando luego a Segovia, continué mis pesquisas; pero una orden anterior me obligó a unirme a la división de don Carlos España.

Obedecí, y como en los mismos días recibiese la última carta de las que puntualmente he copiado, juzgué favor es-

pecial del Cielo la disposición militar que me enviaba a Extremadura. Pero, como he dicho, Wellington, a quien debiera unirse don Carlos España, había dejado ya las orillas del Tiétar. Nosotros debíamos salir de Piedrahíta para unirnos a él en Fuente Aguinaldo o en Ciudad Rodrigo. De aquí se podía ir fácilmente a Plasencia.

Mientras con zozobra y desesperación revolví en mi mente distintos proyectos, ocurrieron sucesos que no dejó pasar en silencio.

Tres

Después de larguísima jornada durante la tarde y gran parte de una hermosísima noche de junio, España ordenó que descansásemos en Santibáñez de Valvaneda, pueblo que está sobre el camino de Béjar a Salamanca. Teníamos provisiones relativamente abundantes, dada la gran escasez de la época, y como reinaba en el ejército muy buena disposición a divertirse, allí era de ver la algazara y alegría del pueblo a medianoche, cuando tomamos posesión de las casas, y con las casas, de los jergones y baterías de cocina.

Tocome habitar en el mejor aposento de una casa con resabios de palacio y honores de mesón. Acomodó mi asistente para mí una hermosa cama, y no tengo inconveniente en decir que me acosté, sí, señores, sin que nada extraordinario ni con asomos de poesía me ocurriese en aquel acto vulgar de la vida. Y también es cierto, aunque igualmente prosaico, que me dormí, sin que en el crepúsculo de mis sentidos me impresionase otra cosa que la histórica canción cantada a media voz por mi asistente en la estancia contigua:

En el Carpio está Bernardo
y el Moro en el Arapil.
Como va el Tormes por medio,
non se pueden combatir.

Me dormí, y no se crea que ahora van a salir fantasmas, ni que los rotos artesonados o vetustas paredes de la histórica casa, antaño palacio y hoy venta, se moverán para dar entrada a un deforme vestiglo, ni mucho menos a una alta doncella de acabada hermosura que venga a suplicar me tome el trabajo de desencantarla o prestarle cualquier otro servicio, ora del dominio de la fábula, ora del de las bajas realidades. Ni esperen que dueña barbuda, ni enano enteco, ni fiero gigante, vengan de súbito a hacerme reverencias y mandarme les siga por luengos y oscuros corredores que conducen a maravillosos subterráneos llenos de sepulturas o tesoros. Nada de esto hallarán en mi relato los que lo escuchan. Sepan tan sólo que me dormí. Por largo tiempo, a pesar de la profundidad del sueño, no me abandonó la sensación del ruido que sonaba en la parte baja de la casa. Las pisadas de los caballos retumbaban en mi cerebro con eco lejano, produciendo vibración semejante a la de un hondo temblor de tierra. Pero estos rumores cesaron poco a poco, y, al fin, todo quedó en silencio. Mi espíritu se sumergió en esa esfera sin nombre en que desaparece todo lo externo, absolutamente todo, y se queda él solo recreándose en sí propio o jugando consigo mismo.

Pero de repente, no sé a qué hora, ni después de cuántas horas de sueño, despertome una sensación singularísima, que no puedo descifrar, porque sin que fuese afectado ninguno de mis sentidos, me incorporé rápidamente, diciendo: «¿Quién está aquí?». Ya despierto, grité a mi asistente: